

EL COMPROMISO DE LAS ELITES: ILUSTRACIÓN ECONÓMICA E INSIGNIFICANCIA POLÍTICA

Manuel MONTALVO
Universidad de Granada (España)

RESUMEN

El objeto de este artículo es demostrar que la democracia es una norma que cumple las funciones de creación y distribución de riqueza y de promover seguridad y estabilidad al marco político y legal de la sociedad.

Estas funciones se desprenden del pensamiento contenido en la *ilustración económica*, afin a los intereses de las elites al permitirles conservar y propagar el poder económico mediante la preservación de derechos amparados bajo las ficciones del poder compartido e igualdad política de los individuos, quienes vienen determinados por una racionalidad limitada, difusa, errática y volátil, con la que cumple con la norma democrática, la cual se desdobra en dos opuestos: la irrelevancia de la acción de votar para los individuos y la relevancia del resultado para los partidos políticos, que organizados bajo directrices leninistas, compiten como oligopolios en el mercado político. La organización leninista y la conducta de empresa capitalista provocan que en los partidos impere lo que en este ensayo se denomina el *principio de insignificancia*, desencadenante de la creación de líderes bajo la fórmula del *mediano insignificante*, promedio representativo de los individuos que forman la burocracia del partido.

SUMMARY

The aim of this paper is to show that democracy fulfils the function of both the creation and distribution of wealth and the promotion of safety and security in the legal and political framework of society.

These functions come from the thoughts on economic enlightenment related to the interests of the elites in conserving and promoting economic power through the preservation of rights protected by the fictions of shared power and political equality of individuals. They are determined by an unpredictable rationality with which the democratic norm is fulfilled, which then divides into two opposite directions —the irrelevance of the act of voting for the individual and the relevance of the results for the political parties. These are organised under authoritarian or Leninist principles and compete as oligopolies in the political market. The Leninist organization and conduct of capitalist businesses cause what in this article is called the *principle of insignificance*. This principle governs the political parties and resulting in the creation of leaders under the formula of the *median insignificant*, the average representative of the individuals that make up the party bureaucracy.

ERRORES E IRONÍAS

La irónica visión de Schumpeter de la democracia es eficaz y divertido implemto para levantar la costra de interesados, a veces ingenuos, equívocos que cubren y ocultan las razones sobre las que se fundamenta la elección democrática y sin cuyo intento de conocimiento hace harto difícil su defensa y preservación.

Efectivamente, es justamente infeliz y pueril pensar en la perfección de un sistema electivo a través de un conjunto de gentes que en un día señalado introducen un papel con su voto en una caja cerrada, sólo abierta a la luz por una estrecha hendidura. Derivar de este hecho la consumación del prodigio de obtener el mejor resultado posible, la mejor elección, sin que medie la “Santa Providencia”, equivale a creer que se ha obrado un milagro, de tan difícil credo como el misterio de la “Santísima Trinidad”.

Como no se trata en estas líneas de milagros y misterios, de tan insondables hechos se ocupan pensamientos más afines, más propicio es discurrir por la senda de lo razonable, con la mejor ayuda del báculo del sentido común y abandono de *los padres utilitaristas...* [quienes] *veían poco más allá del mundo de un herrero del siglo XIII*¹.

El honrado y mal tratado herrero, no es más que el bueno de Adam Smith, al que Schumpeter dirigió su sarcasmo mediante el uso del significado de la palabra *smith*, que no es otro que el de herrero. Algo consecuente con las ideas de Schumpeter, tan agudo en otros lares del pensamiento, fue más bien burdo en el tratamiento de los logros en el conocimiento económico. Debe contar también para entender el alcance de ese *mundo de un herrero* las imposturas y ocultaciones con las que sembró su vida², de las que debieron ser fruto cierta renuencia y despego hacia las dotes intelectivas de los individuos y de su capacidad racional de elección, recelos merecedores de atención, máxime cuando se afirma con voluntad religiosa que la democracia es *aquel sistema institucional de formación de las decisiones políticas por el que se alcanza el bien común mediante la libre expresión de la voluntad de los individuos*.

Si se parte de aquí, el análisis y corolario que se siga será concordado con las inflamadas premisas del *bien común y la libre expresión de la voluntad*. A Schumpeter le era liviano plantear la crítica por el lado más débil del proceso: la racionalidad o la imposible racionalidad de los individuos, lo que no fue óbice para cometer un error de orden metodológico: tomar las hojas del árbol como fundamento y expresión del árbol: las hojas de un mismo árbol son todas muy parecidas, pero distintas; se agitan con una falsa independencia siguiendo las veleidades del viento. Las hojas son la parte de un conjunto orgánico, el árbol, que se relaciona

1. Schumpeter J. A. (1950): *Capitalismo, socialismo y democracia*. Aguilar. Madrid, 1971.

2. Ocultó sus orígenes humildes: era hijo de un menestral y de una ambiciosa y empobrecida burguesa, que al enviudar se casó con un militar de alta graduación y bastantes posibles, lo que le facilitó a Schumpeter la impostura de recrearse un pasado aristócrata.

con el todo, ramas, tronco, raíces, con el único fin de sobrevivir al amparo de las determinaciones impuestas por la tierra, la lluvia, el sol: la naturaleza.

La metáfora peca de una intencionada ingenuidad, tendente a destacar un principio positivista³ que hace tabla rasa de las premisas del proceso: se parte de la irracionalidad de los individuos para únicamente considerar el resultado final, cuya valoración no se puede adelantar en el tiempo debido a la incertidumbre, se tendrá que valorar a *posteriori*, cuando sea un pretérito con valor histórico, pero no científico.

De vuelta al concepto de democracia, y ya dejado en un aparte la noción fundada en el *bien común* y la *libre expresión de la voluntad*, habría que retroceder para encontrar la *idea clásica* y desproveerla de esa *metafísica marxista* que hace autor de la *idea* a una especie de ente denominado *imaginario colectivo*, más parecido a los dioses, que a diferencia de los hombres no requieren de terrenales leyes y sufragios. Para ser precisos y correspondientes con el materialismo marxista, la *idea* no surge como una especie de prodigio, de voluntad de ordenar el caos, de *vis formandi* y *libido formandi*⁴, emanantes del ser, sino de hombres de carne y hueso, determinados materialmente por la realidad de existir mediante el poder compartido, que es un principio instrumental, un instrumento, como lo es la catapulta de Arquímedes para defender los muros de la ciudad. La realidad, los intereses materiales, son anteriores a la *idea* en la que se terminan contemplando.

Puestos los pies en el suelo ateniense y deseosos de cumplir con la etereidad de las ideas de democracia e igualdad, se debería abandonar el principio platónico de excelencia: elegir a los mejores para desempeñar las funciones de gobernantes y magistrados; pero si así se hiciera se estaría contraviniendo la idea de igualdad porque no se elige entre iguales, sino entre peores y mejores. Sólo mediante un sorteo entre los individuos⁵ se podría cumplir con el principio de igualdad: cualquiera podría ser elegido en iguales condiciones, mediante el azar que no hace distinciones entre “buenos” y “malos”. Evidentemente, el principio de excelencia es racional, pero no igualitario; y en la medida que el sorteo es igualitario es irracional.

Bajo la férula del capitalismo moderno, la democracia es una norma que cumple dos funciones: una, la de promover la distribución y creación de riqueza y, dos, la de ofrecer seguridad al marco político y legal de la sociedad, sin cuyo

3. Pudiera parecer que se está aludiendo a la hipótesis de *irrealismo de los supuestos* de Milton Friedman, pero es ciertamente lo contrario: se parte del *realismo irracional*, aunque ambas hipótesis tenga la misma intencionalidad positivista. Vid. Friedman, M. (1953): “The Methodology of Positive Economics”. *Essays in Positive Economics*. Chicago: Chicago University Press. (Editorial Gredos. Madrid, 1962).

4. Vid. Castoriadis, C. (1998): “La cultura en una sociedad democrática”. *El ascenso de la insignificancia*. Editorial Cátedra. Madrid.

5. Vid. Morrow, G. R. (1960): *Plato's Cretan City: A historical interpretation of "Laws"*. Princeton.

auxilio los efectos económicos son inviables. En este sentido de seguridad, afirma Popper con cierto exceso tremendista que la democracia tiene como fin evitar baños de sangre, pero más bien es procurar la mejora económica que es la base de la preservación del orden social y político, de la propia democracia.

De esta guisa contemplada la democracia, como una norma, no es distinta al dinero, que tiene como finalidad facilitar y extender los intercambios de bienes, o el mercado, sobre la que se sustentan las relaciones capitalistas, sólo es diferente atendiendo a su especificidad, a las funciones que cumple.

EL JUEGO DEMOCRÁTICO

A efectos de análisis, el argumento se descompone en dos partes: la primera, destinada a analizar por qué y cómo se desarrolla el proceso de sustentación del orden político y social a través de la instauración de la democracia; la segunda, está ocupada en demostrar la razones de creación y distribución de la riqueza.

A los efectos dichos, de sustentación del orden político, es ilustrativo situarse sobre lo que podría denominarse un *espacio hobbesiano*, en el que un conjunto de individuos actúan obedeciendo la condición humana de *homo homini lupus*:

“[U]na condición de guerra de todos contra todos, en la que cada uno está gobernado por su propia razón, no existiendo nada, de lo que pueda hacer uso, que no le sirva de instrumento para proteger su vida contra sus enemigos. De aquí se sigue que, en semejante condición, cada hombre tiene derecho a hacer cualquiera cosa, incluso en el cuerpo de los demás”. Hobbes, T. (1651): *El Leviatán*.

Y distingamos de entre ellos, los que forman la oligarquía de propietarios y los que integran la pobreza, que vive en condiciones de depauperación, soportando impuestos y pagando las rentas de propiedad por el arrendamiento de las tierras de los propietarios. En esta situación, fácilmente se prende el conflicto, se inician revueltas que terminan siendo perjudiciales para todos, aunque sean en mayor cuantía para el campesinado y de menor entidad para los propietarios. La historia está plagada de esta clase de sucesos que podrían dirigir a la conclusión equivocada de que las oligarquías o elites carecen de interés alguno de pactar con la pobreza un orden político sostenido en la democracia, en la igualdad, ropajes políticos bajo los que se oculta la desnudez de la radical desigualdad económica.

A modo de ilustración de lo dicho es sugerente el empleo de la Teoría de Juegos⁶. Sea un juego de la clase “2 x 2”, dos jugadores, la oligarquía y el cam-

6. Fundada en el *pensamiento estratégico*, la *Teoría de Juegos* es un instrumento analítico que muestra una estimable capacidad de lógica explicativa en las cuestiones políticas y sociales, considerando, en todo caso, que un algoritmo matemático no es una teoría científica, ni sustituye a ninguna disquisición histórica o científica.

pesinado o pobretería, cada uno de los cuales dispone de dos estrategias: conflicto o democracia.

Los resultados del juego se contienen en la *matriz de pagos* siguiente:

		Pobretería	
		<i>Democracia</i>	<i>Conflicto</i>
Oligarquía	Estrategias		
	<i>Democracia</i>	4, 4	0, 8
	<i>Conflicto</i>	8, 0	0, 0

Así pues, si la oligarquía sigue la estrategia de establecer un régimen democrático y se encuentra con la oposición del campesinado y las consiguientes revueltas, no obtendría ganancias algunas, cero ganancias, y contrariamente, el campesinado a través del robo y el pillaje lograría unas ganancias de 8 unidades monetarias (casilla “dos”).

Previendo una estrategia conflictiva de la pobretería, dirigida a limitar los privilegios de la oligarquía y exigir el pago de rentas e impuestos menos gravosos, podrían los propietarios decidir una estrategia de lucha. De encontrarse la oligarquía con que el campesinado está dispuesto a colaborar en el establecimiento de la democracia, los propietarios derivarían unas ganancias de 8 unidades monetarias y la pobretería de cero (casilla “tres”).

De ser las estrategias políticas por parte de campesinado y oligarquía las de confrontación, se produciría el peor de los resultados: cero ganancias para ambos, que es lo reflejado en la casilla “cuatro” de la matriz de pagos. En cambio, si decidieran llegar a un acuerdo y establecer un sistema democrático alcanzarían unas ganancias de cuatro unidades monetarias cada uno de ellos (casilla “uno”).

Tomando como fundamento de la conducta de propietarios y pobretería las estrategias de guerra o conflicto, se llega a una situación de equilibrio conocida como *dilema del prisionero*, concretado en el peor de los resultados posibles dada la inevitabilidad de la condición humana: el individuo espera lo peor de los otros individuos y actúa consecuentemente, adelanta toda clase de estrategias destinadas a procurar el mayor perjuicio o aniquilamiento de los otros; y los otros, actúan de manera semejante: decidiendo toda suerte de estrategias que provoquen daños y mal en los contrarios. Es lógico, pues, que los llamados “juegos de rivalidad”, fundados en estrategias de lucha, conflicto o competencia, finen en el *dilema del prisionero*, en el peor de los resultados posibles.

A la vista del *dilema del prisionero*, lo más sensato y provechoso por parte de la oligarquía y campesinado es llegar a un acuerdo, mediante el cual los propietarios cederían una parte del poder a cambio de la estabilidad política y la seguridad económica: los derechos de propiedad y los impuestos serían recogidos como leyes aprobadas democráticamente.

Sería un grave error confundir el modelo que es la *Teoría de Juegos* con una teoría comprensiva de la realidad, aunque lo cierto sea que el desarrollo histórico

se ha producido compulsivamente, mediante *juegos de rivalidad o competencia*, lógicamente destinados a concluir en la peor situación o *dilema del prisionero*; pero no es menos veraz que la cultura, entendida esta como acervo de conocimiento, tiende a establecer limitaciones al conflicto: los individuos “aprenden”. Al repetirse el *juego* y al encontrarse los *jugadores* con que las estrategias de lucha o conflicto les llevan a situaciones lesivas, sobre la base de continuas repeticiones terminan “aprendiendo” que lo más acordado y beneficioso es llegar a acuerdos que eviten las confrontaciones; es decir, establecer estrategias destinadas a concordar intereses antagónicos: convertir la sociedad en un juego “n x n”, de n estrategias y n individuos.

En este sentido, la democracia es un *juego de acuerdos o solidaridad*, promovido por quienes disponen de la cultura y tienen más que ganar económicamente en la sociedad: la oligarquía en el *juego* contemplado, las elites en la realidad de la sociedad capitalista.

Esta conclusión merece alguna glosa que la ponga en relación con los hechos, pues no parece claro: primero, entendida la democracia como un *juego de acuerdos o solidaridad*, en el que se logra los mejores resultados posibles, no parece lógico que tenga una naturaleza reversible: alcanzado el régimen democrático revierta posteriormente en regímenes dictatoriales; segundo, en orden consecuente, los individuos deberán preferir nítidamente los estados democráticos a los dictatoriales. Sin embargo, los hechos son más espurios que las conclusiones teóricas, como lo prueba la reversibilidad que se registra en los países suramericanos: las democracias y las dictaduras militares se han ido sucediendo sin, hasta ahora, solución de continuidad⁷.

Respecto de que los individuos *esperen* una mejor resolución de los problemas económicos y sociales a través de la democracia no es tampoco evidente. En realidad, en los Estados hispanoamericanos, una gran parte de los ciudadanos mantienen una actitud escéptica, cuando no desconfiada sobre la resolución de los problemas económicos⁸; y de otra parte, no hay una decantación evidente sobre sus preferencias democráticas⁹.

7. Valga de ejemplo Argentina: el estado democrático fue alcanzado en 1912 con el sufragio universal masculino, revirtió en una dictadura en 1930, se restauró la democracia en 1946, perdida en 1995, de nuevo introducida en 1973, abolida en 1976 y otra vez instaurada en 1983.

8. Un 48% de los encuestados en el *Latinbarómetro poll* cree que un gobierno democrático resolvería los problemas económicos.

9. De acuerdo con el últimos resultados del *Latinbarómetro poll*, aun considerando la mejora del nivel de vida de los individuos de aquellos estados, la democracia no es vista como la vía de solución a la pobreza, criminalidad, corrupción e ignorancia en la que estos Estados están sumidos.

¿Es preferible la democracia a cualquier clase de gobierno?

% variación desde

	1996	2001	2002	2003	1996
Honduras	42	57	57	55	13
Venezuela	62	57	75	67	5

DEMOCRACIA *VERSUS* DICTADURA

Llegado al punto de que la democracia es un *juego de acuerdos*, fruto de la cultura, patrimonio de la oligarquía y su principal beneficiaria, cumple demostrar ¿por qué y con qué medios se llega a establecer que la democracia es más conveniente que la dictadura? y ¿cuáles son las razones son por las que unas formaciones sociales se han desarrollado más que otras? Preguntas que cabe concretarlas en el cuestionamiento del Estado democrático como culmen histórico del desarrollo político.

Este cuestionamiento ha dirigido a variadas explicaciones: han ido desde las meramente económicas a las culturales, políticas o religiosas, cuando no se han mezclado todas sin alcanzar una razón explicativa suficiente, porque los hechos y las ideas forman una amalgama en la que unos hechos priman sobre otros hechos e ideas, cuando no sucede lo contrario, hechos nuevos e ideas que cambian la relación de fuerzas en la amalgama social, dependiendo del vector histórico, por lo que se hace inviable encontrar una teoría de síntesis con un amplio espectro significativo. En cualquier caso, y pese a la dificultad de encontrar una teoría de síntesis, no se debe situar como alternativa a la complejidad inevitable el simplismo reductor a la escueta economía verbal del aforismo: *No bourgeoisie, no democracy* o a la inconclusa sencillez de que las elites prefieren compartir el poder con los comerciantes antes que con el campesinado, pues al ser la tierra un factor productivo expropiable, a diferencia del capital que no lo es, las economías con una base agrícola tienen al autoritarismo, en tanto que las economías de base comercial y monetizada lo hacen hacia la democracia.

	1996	2001	2002	2003	1996
México	53	46	63	53	0
Uruguay	80	79	78	78	-2
Argentina	71	58	65	68	-3
Chile	54	45	50	51	-3
Costa Rica	80	71	77	77	-3
Ecuador	52	40	49	46	-6
Nicaragua	59	43	63	51	-8
El Salvador	56	25	40	45	-11
Perú	63	62	57	52	-11
Bolivia	64	54	56	50	-14
Colombia	60	36	39	46	-14
Brasil	50	30	37	35	-15
Guatemala	51	33	45	33	-18
Paraguay	59	34	45	40	-19
Panamá	75	34	55	51	-34

* No se incluye *No sabe / No contesta*. Fuente: Latinbarómetro

Se podría ensayar a modo de modelo, que la naturaleza del poder político y las variadas clases de poder determinan las formas de desarrollo económico y social. Con lo que se arrojaría alguna luz sobre por qué en el curso de la historia la autocracia ha prevalecido sobre la anarquía, estado en donde ausencia de orden promueve a formas de explotación caóticas: los individuos son explotados arbitrariamente, sin regla ni posible previsión, llanamente siguiendo los impulsos de la frivolidad o del vano ejercicio del poder y la violencia; mientras, en las autocracias, esa violencia, que puede ser aún mayor, se realiza en función de una explotación realizada gradualmente y con las vistas puestas en engrosar la riqueza del tirano lo máximo posible.

De acuerdo con este modelo, la historia enseña que los hombres han vivido mejor bajo una tiranía política que sometidos a las esporádicas depredaciones de las bandas de asesinos y delincuentes, asoladores de las haciendas de los campesinos y ladrones de los ganados. Sin que la diferencia entre tiranía y anarquía oculte el hecho de que los tiranos alcanzan el poder gracias al ejercicio de la violencia: no es preciso que Marx la encareciera con el título de *gran partera de la historia*. De viejo se sabe que los más altos tronos tuvieron su asiento en grandes y deleznales matanzas.

Y ya que ladrones y criminales no son de distinta laya que los tiranos y carecen de otro fin que no sea la extracción de la mayor riqueza posible de los individuos que se encuentran bajo su égida de poder, ¿por qué han de ser más benévolos los tiranos que los ladrones o una explotación más liviana que la otra?, ya que en definitiva, el fin de déspotas y bandidos es lograr la mayor riqueza posible cualquiera que sean los medios que tengan que utilizar.

La causa de la diferente conducta estriba en que el tirano tiene un *interés compartido* en el dominio que explota: si prosperan los individuos sometidos podrá obtener una mayor riqueza mediante el establecimiento de impuestos o levass. En cambio, los bandidos no tienen más interés que robar cuanto más mejor, sin reparar en que deben dejar grano para que sirva de simiente para la próxima cosecha o de que matando a los trabajadores pierden los brazos que trabajan la tierra o cuidan las ovejas.

Un tirano políticamente prudente mantiene impuestos poco onerosos a corto plazo para alzarse con la mayor riqueza posible cuando las circunstancias le sean propicias; es más, podría defender y velar por las haciendas y vidas de sus sometidos porque a la larga le será más provechoso: de rentas mayores se pueden exigir mayores impuestos. O sea, lo que en términos modernos sería promover una mayor oferta de bienes públicos que justificaran mayores exacciones.

Es consecuente que se pueda establecer que la tiranía es más beneficiosa que la anarquía, pero ¿lo es la democracia más que la dictadura? o ¿por qué a un dictador le es más rentable convertirse en demócrata?

Digamos, es legítimo decir, que los gobiernos demócratas legislan solamente en interés de la mayoría que los mantiene en el poder. En otras palabras, no tienen demasiados reparos en explotar a la minoría o, al menos, los mismos que lo haría un dictador; incluso así, una democracia depredadora será más ventajosa

en términos económicos para la mayoría que sostiene el gobierno democrático que una dictadura; y esto: primero, porque comparte la carga impositiva entre una mayor cantidad de individuos, lo cual redundaría en una mejor distribución de la renta; segundo, esta mayoría también se beneficia de una mayor oferta de bienes públicos. De lo que se infiere que el *interés compartido* del gobierno democrático será mayor conforme mayor sea la mayoría.

Como sucede con cierta frecuencia, en los regímenes democráticos se necesitan elevadas mayorías para dirimir ciertas cuestiones económicas, lo que hace aumentar el *interés compartido* y desencadenar la toma de medidas impositivas favorecedoras de la minoría, al tiempo que se registra una mayor producción de bienes públicos que igualmente les beneficia.

Estas razones van en contra de la idea de que la democracia es un lujo para los países pobres que han de soportar el peso de las dictaduras, cuando lo que parece ocurrir es que la dictadura es empobrecedora, también para sus propios adictos al no ir a favor de la redistribución de la renta, ni tampoco sostener los aumentos del gasto público.

Se corrobora históricamente que el desarrollo de las formas democráticas ha corrido parejo al crecimiento económico, lo que no faculta a afirmar que la democracia conduce necesariamente al aumento de la riqueza; al revés, si es cierto que la prosperidad va unida a la democracia; pero esta no es la cuestión, de lo que se trata es de especular sobre si es más ventajosa la democracia que la dictadura, y asumido este aserto, determinar cuáles pudieran ser los motivos de que la mayoría democrática tomase medidas destinadas a mejorar la distribución de la renta y favorecer el crecimiento económico, medidas que favorecen también a la minoría. Lo que sucede es que si se parte de la relación de intereses contrapuestos entre mayoría y minoría, el puerto al que se llega es ninguno: el juego de mayorías y minoría políticas es un señuelo que oculta la realidad. Mientras los actores de la “comedia política” declaman huecos y sonoros parlamentos, entre bastidores las elites “escriben” los hechos siguiendo bajo parecida trama: antes, del *capitalismo liberal*; ahora, del *capitalismo ilustrado*.

EL COMPROMISO DE LAS ELITES

La relación de las elites con las formas políticas se establece como una especie de *principio natural* de conservación y propagación, el cual se superpone a los cambios de las bases económicas de la sociedad y las veleidades ideológicas, de las que son en última instancia responsables en razón a ese darwinismo social de conservación y propagación.

El compromiso con la democracia durante el *capitalismo liberal* fue viable hasta tanto éste se mostró capaz de superar sus contradicciones o crisis funcionales sin caer en una crisis estructural o de sistema, plasmada en el turbulento y sanguinario ocaso de la Gran Guerra.

Cuando no fue posible, cuando las elites no pudieron seguir sobreviviendo bajo las formas democráticas, el compromiso se estableció con los fascismos¹⁰ para tratar de buscar una imposible salida a la quiebra del *capitalismo liberal*. La imposibilidad, como toda imposibilidad, es un juicio *a posteriori*, que hizo posible la llegada del *capitalismo ilustrado*, en el que las elites asumen el compromiso con la democracia desplazando la filosofía moral de la ilustración al conocimiento económico. Surge la *ilustración económica*, caracterizada por el empleo del gasto público y de los impuestos como instrumentos de mejora de distribución de la renta, mejora de la que se seguiría el crecimiento de la riqueza y el fin de la miseria generalizada de las masas.

La *ilustración económica* descansa sobre la filosofía de J. M. Keynes, en la que se conjugan una serie de rupturas con la “filosofía feliz” del liberalismo, que contemplaba las crisis económicas como tormentas de verano, al poco convertidas en apacibles y azules tardes descritas por Virginia Woolf y ensoñadas en elevadas ideas de belleza, ética, moral, como las contenidas en la *Principia Ethica*¹¹ de Moore, que desplazaba incluso al todavía más elevado McTaggart. Desgraciadamente, ante el prosaísmo de los tiempos, estos delicados conceptos se convirtieron en “cacharros filosóficos” de ningún encaje en la filosofía de la *ilustración económica*: se propicia el consumo, se condena el ahorro, la frugalidad, se hunde el pasado en los pozos del error y se extraña el futuro en la desaparición: ...*a largo plazo todos muertos*. Es el epitafio escrito por Keynes.

Para que así fuera es preciso hacer intervenir al Estado, romper con “el dogma del mal necesario”, que es el Estado para el liberalismo, y afirmar lo contrario: “la herejía del mal necesario”. Y no es una cuestión de palabras, es una cuestión de hechos, el Estado es el guardián y artífice de la riqueza, el autor del prodigio de convertir a los parados en trabajadores, a los individuos en compradores y a los grandes almacenes en catedrales, en las catedrales de nuestro tiempo: rezar es comprar; las oraciones, listas de compras.

La racionalidad pensada de los individuos se convierte en la irracionalidad real, paso indispensable para el conocimiento de la condición humana¹². Los

10. A diferencia de los fascismos, dentro de los que se incluye la variante nazi, es cuestionable plantear que la dictadura bolchevique fuese una salida a la crisis del capitalismo liberal; esta hipótesis requiere: primero, que Rusia fuese una formación capitalista, cuando de hecho era una sociedad de base feudal; segundo, que la oligarquía no ejerciese el autoritarismo como forma política. En realidad, la revolución fue la sustitución del zarismo por el zarismo leninista, con todo el desmesurado pasivo de horroroso error que ello significó en todo orden de ideas.

11. “La influencia (...) fue excitante, estimulante, el comienzo de un renacimiento, la apertura de un nuevo cielo en una nueva tierra. Éramos los pioneros de una nueva bendición, no estábamos asustados de nada”. Keynes, J. M. (1989) [1938]: “My Early Beliefs”, en *Essays in Biography*, vol. X de *The Collected Writings of John Maynard Keynes*, Londres, MacMillan Press, edición de Moggridge, D. E. y Johnson, E., p. 435.

12. Como causa y consecuencia de nuestro estado mental general no comprendimos en absoluto la naturaleza humana, incluyendo la nuestra. La racionalidad que le atribuimos a esta naturaleza condujo a la superficialidad, no sólo de juicio, sino también de sentimiento. (...) [H]abíamos perdido,

individuos no son buenos o malos, sabios o tontos, ángeles o demonios. Piensan con una razón difusa, limitada al cumplimiento de las normas impuestas por las elites. Este presupuesto basado en la desconfianza hacia los individuos surge de la observación de sus acciones, que no necesariamente han de ser malas o dañinas, y si lo son, no obedecen a ningún cálculo o previsión. Luego, depositar algún crédito sobre unas conductas imprevisibles es tan poco sensato como exagerar las potencias del individualismo.

Esto no significa que se haya de “pensar” por los individuos, sino “hacer” por ellos, establecer, “hacer ilustración”, mediante el empleo de las potencialidades económicas del Estado, las cuales no se rigen por el egoísmo de los individuos, sino por la razón pública que permite la realización de un egoísmo mezquino

Sobre lo acertado de este planteamiento no cabe extenderse en escolios justificativos, es una evidencia que la *ilustración económica* ha producido el mayor acrecimiento de riqueza jamás registrado en la historia. Otro es, analizar las consecuencias de lo sucedido sobre los individuos, rompiendo con el lugar común de apartar el progreso material del devenir de los individuos, quienes de esta forma son contemplados sobre un espacio inexistente, sin una realidad que pueda ser objeto de comparación, para concluir negando el progreso, que equivale a afirmar algo parecido a que nuestros coetáneos son más atrasados moral y racionalmente que los gimnosofistas. Que puede ser, pero para que se pudiera confirmar esa superioridad sería preciso que los espacios de realización fueran comparables, y es imposible que lo sean. Más atinado es proceder a comparar a los individuos antes y después de haberse producido la *ilustración económica*, de acaecer el inusitado progreso de la riqueza habido.

PRECARIEDAD RACIONAL Y FERAZ INSIGNIFICANCIA

Efectivamente, la *ilustración económica* ha provocado una variación sustancial de la racionalidad de los individuos, si otrora era limitada, volátil, difusa y errática, todos estos atributos se ven agravados por el sopor natural y grato de los estómagos repletos y de los excesos de información que soporta. Estos individuos se mueven en un sociedad distinta, donde también son diferentes las elites, no en esencia, sino en la forma en que se sitúan sobre los ejes motrices de la propagación económica y social, ejes que se han convertido en intangibles, ya no son tierras, fábricas manufactureras o capitales industriales, son dinero e información, sobre los que las elites financieras y de difusión ejercen la hegemonía, plasmada fielmente en las inquietantes palabras: *el poder no se ve, se siente*; pero incluso pudieran

sin reemplazarlo, algo que nuestros predecesores tuvieron. Sigo sufriendo incurablemente por atribuir una racionalidad irreal a los sentimientos y al comportamiento de otra gente (y sin duda, también a los míos propios). (Keynes, J. M. (1989) [1938]: “My Early Beliefs”, en *Essays in Biography*, vol. X de C. W., pp. 447-448).

no ser estas las palabras, ser otras, cualesquiera con las que se *sienta*, no se *vea*, no se *comprenda* lo que sucede. El individuo no es ni siquiera un ser kafkiano, es un individuo kafkiano, para *ser* tendría que poseer capacidad de representación, de representarse como ser.

La racionalidad limitada, volátil, difusa y errática los acerca a una conducta irracional en la mayor parte de las acciones que acometen, salvo en las que logran agarrarse al instrumento de la racionalidad procedimental, que no es pensar por sí, sino por los *otros*, en función de las normas establecidas.

El epíteto que acompaña a la noción de racionalidad está en relación directa con los flujos de información, excesivos caudales de noticias, torrentes de palabras, de ruidos, que impide sólo sea el intento de discernimiento. Aun consumado el intento, ante un suceso grave¹³, el individuo se ve inmerso en un piélagos informativo que requiere limitar, hacerlo comprensible, y lo hace en la medida que logra cierta estabilidad, claridad y trayectoria de pensamiento: una odisea para ningún *ulises*. El *canto de las sirenas* lo atrae al mar de la ignorancia, en el que se hunde sin remisión, sin noticias de su propio ahogamiento. De lo único que pudiera tener conciencia es de su insignificancia, es un individuo insignificante, con un egoísmo limitado a su poder de compra, competidor en competencia desigual, la de uno contra todos, que es la funcional del mercado. Sin embargo, egoísmo y competencia son los dos únicos valores sociales a los que puede asirse. ¿Los demás? ¿Hay más?

¿Dios? No, ya hace que no es un valor. Se encuentra viviendo bajo *la noche del mundo* de Heidegger, en la que lo peor no es que Dios no exista, sino la ausencia de cualquier sentimiento de carencia. ¿La religión?, tampoco. La idea de trascendencia, de vida después de la muerte de, por ejemplo, el cristianismo, ha desaparecido, sustituida por la idea de efimeridad proveniente del mercado: el individuo es un producto efímero, indistinto, renovable o sustituible. El individuo es tan efímero como el presente que vive, nace en él y con él es incinerado. La única conciencia posible es la de una conciencia efímera.

Ahora bien, es libre, pero la libertad hay que contemplarla bajo dos vertientes: primero, la libertad en sentido pleno, y segundo, la libertad política, restringida a la acción de votar en cumplimiento de la norma de la democracia. Bajo el primer derrotero, la libertad plena, la libertad de elegir, de pensar, el individuo se siente desorientado: nadie le ha “enseñado” a ser libre: no es una disciplina obligatoria, ni siquiera optativa, es lógico que sienta *horror vacui*, la pulsión de colgar de las paredes desoladas de la vida todo tipo de *hobbies*: “paisajismo”, “museismo”, “melonismo”..., en la que el arte y la cultura son sometidas a lumpeninterpretaciones.

En lo referido a la libertad política, ésta se realiza en el proceso de elección colectiva, donde el individuo hace uso de su derecho a elegir: con el depósito de

13. La capacidad de atención y retención de un mensaje difundido por televisión es como media nunca superior a cinco segundos.

su voto cumple con la norma democrática, la cual se desdobra en dos aparentes opuestos: en la irrelevancia de la acción de votar¹⁴ y en la relevancia del resultado, el resultado es la concreción de la norma. Respecto de lo primero, y sentada la premisa de un individuo dotado de una racionalidad “producida” por el *capitalismo ilustrado*, limitada, volátil, difusa y errática, y con un único valor, que es su propio interés o egoísmo, para ser fiel a ese valor derivado de la norma del mercado, tendrá que someter la acción de votar a un cálculo económico¹⁵: votará o no dependiendo de los beneficios que pueda obtener. Dado que los electores son muchos, la probabilidad de influir en el resultado es prácticamente cero, por lo que su acción es irrelevante.

Por tanto, el interés del sujeto al no estar incitado por el logro de un provecho próximo y posible, habrá de relacionarlo con las representaciones de los políticos, por la capacidad que posean para proyectar un espacio de litigio en que el individuo se sienta concernido. La potencialidad de representación ya no está en orden al oscuro término de *carisma*: ninguno de las características weberianas tienen sentido en la sociedad moderna. Las excelencias intelectuales, las dotes de atracción o dirigismo, es una retórica caduca: obviamente, los políticos no son diferentes del resto de los individuos: su insignificancia está en torno al promedio social. La diferencia entre políticos e individuos estriba en que los primeros se agrupan

14. *Sensu contrario*, de resultados electorales habidos recientemente en Bolivia, elecciones de 2005, se podría inferir una capacidad electiva racional por parte de los votantes: los electores indígenas han elegido a Evo Morales, a otro indígena, como Presidente de la República. Esta elección tiene unas particularidades que la convierten en una excepción: primero, la democracia es el vehículo que permite a los indios (son una mayoría de más del 74% en el Altiplano, y casi cinco millones y medio en el país) elegir un jefe que acabe con los privilegios de una minoría, no mediante la preservación de la democracia que favorece a ésta, sino en opciones autoritarias de tipo *bolivariano*.

15. Puede suponerse como hace Downs (Downs A. (1957): *Teoría económica de la democracia*. E. Aguilar. Madrid, p. 197) que las acciones de los votantes están concernidas a los siguientes elementos:

Probabilidad de que sus conductas afecten al resultado de la elección, *p*.

Beneficios que les pueda reportar el partido político que han votado, *b*.

Costes que les ocasione votar, medidos en las actividades que dejan de realizar, *c*.

Satisfacción o utilidad que les pueda reportar el hecho de votar sea directamente o indirectamente a través de la aprobación del grupo al que pertenezcan, *u*.

Pudiéndose establecer:

$$V (\text{Acción de votar}) = b p + u - c$$

Por lo general, la probabilidad, *p*, de que la conducta del sujeto afecte al resultado de la elección será cero o significativamente irrelevante, como sucede en los grandes comicios electorales, por lo que la conducta del votante quedará sujeta a que la diferencia entre la utilidad que le reporta, *u*, y los costes que le ocasiona, *c*, sea positiva, negativa o nula.

$u - c > 0$, podrá votar.

$u - c < 0$, podrá no votar.

$u - c = 0$, le podrá ser indiferente.

en partidos políticos, los cuales están organizados bajo directrices leninistas¹⁶ y funcionan como empresas competidoras en un mercado oligopolista. Su conducta sigue las pautas de cualquier empresa capitalista y sólo se diferencia en el objeto en que se concreta el fin: en la empresa capitalista, el máximo beneficio; en los partidos políticos, máximo de votos, para lo que se hace dejación de la ideología, en el raro caso de que existiera¹⁷.

Dentro del partido, la elección del líder sigue la norma de insignificancia: en un colectivo en el que las constantes de pertenencia al “aparato” o burocracia vienen determinadas por la ausencia de crítica, fidelidad a las consignas e idolización del líder determina que la asíntota de la insignificancia se pronuncie más que la de la excelencia, de modo que el liderato recaerá en aquel individuo que esté en la mediana de la distribución, sea el “mediano insignificante” en el que la mayoría se contempla representada: consecuencia meramente lógica.

Elegido el “mediano insignificante” por la burocracia del partido, como haría cualquier empresa lucrativa, procedería publicitar el “producto” atendiendo a las técnicas de mercado para conseguir un *share* representativo en el mercado oligopolista que forma el partido con los otros partidos¹⁸. Este proceder subvierte la norma de la democracia: los individuos no eligen directamente a los gobernantes, sino que eligen a los ya elegidos previamente por la burocracia del partido.

Este hecho está en consonancia con el poder económico de las elites del capitalismo ilustrado: la democracia tiene como fin el resultado. La participación de los individuos en una suma dirimente entre dos o varias facciones, que provee la continuidad y seguridad política que abunda en el poder económico de aquellas elites.

16. Son estos principios de organización: pensamiento mediante consignas, secuestro de la voluntad y juicio individuales, obediencia ciega a las órdenes y culto al caudillaje.

17. El fin de la ideología ha ido de la mano de la exaltación del pragmatismo. Los dos candidatos más relevantes a la presidencia de los Estados Unidos, Hillary Clinton y John McCain combinan ideas procedentes del partido contrario para formar un mismo espectro político de elección. A título demostrativo, Mrs. Clinton, en contra de su propio partido, respalda a Bush respecto de la guerra de Irak, está en contra del aborto (“una triste, incluso trágica elección”) y ha participado públicamente con políticos conservadores, como Samtorum, en campañas en defensa de la familia y la reforma de la sanidad.

18. En la mayor parte de las sociedades capitalistas modernas, el oligopolio es realmente un duopolio: dos partidos que funcionan como dos monopolios en el mercado electoral.